

¿Y TÚ? ¿ERES BARROCO?

“¿Y tú? ¿Eres barroco?”... así me consiguió atragantar desde el otro lado de la mesa un compañero profesional. Con tan delicada aproximación pretendía, sin duda, abrir una polémica todavía larvada, la que su fino olfato le había señalado como próxima, porque de ella ofrecían fe ciertas señales de humo que los profanos toman por remolinos de aire en el camino. Su casi imprecación no era estúpida, simplemente reconocía lo complicado de hablar sobre el barroco y más aún como movimiento de moda. Pero, en fin, es algo que se viene encima y él pensaba que ahí puede esconderse un tesoro.

Como fuere, daba la casualidad de que yo estaba cavilando el enfoque de este texto. Por mi cabeza volaban muchas consideraciones, algunas de ellas casi contradictorias. En primer lugar, recordaba cómo se inculca ese horror primigenio al estilo, perversión amanerada del ascetismo y la reciedumbre castellanas. Pero también, y en mi caso, las diapositivas en el colegio con las iglesias de Ottobeuren, Wies oierzehnheiligen, salones de levedad para el baile de dios y de sus fieles. Mucha hiedra dorada. Enterarte, por quien lo afirma, de que el barroco es un fenómeno básicamente arquitectónico y casi sólo romano. Pero conocer desde hace tiempo que la génesis de tu lengua hunde sus raíces en el principio de ese movimiento, antes incluso de que Borromini, Bernini o Cortona rehabilitaran la ciudad eterna.

De pronto acudían imágenes de pintura. Y se mantenían dualidades entre Caravaggio y Carracci, entre lo sensual y lo espiritual que ¿dónde dejaban a Velázquez, el gran globalizador? Aunque ese Velázquez único tiende a despertar sentimientos patrioterros y se antoja más prudente tomar sus señas y buscar otros ejemplos.

¿En América? La confusión permanece pues, según buen número de expertos, no existe tal barroco iberoamericano. No basta la decoración lujurante de los edificios, ni aportaciones originales, como el espítite. No, ante la explosión de diversidades que acoge el ¿estilo?, la actitud conservadora pide cerrar cada vez más el concepto. En realidad un adjetivo, tanto como gótico o románico. Igual de peyorativo.

Porque hay algo perfectamente cierto. LLevamos dos siglos de cultura capitalista oficial. Una cultura que opone el clasicismo democrático al barroco cortesano y absolutista. Durante estos dos siglos se han permitido enormes desviaciones internas de la norma, pero siempre que un poder se ha visto en la necesidad de retratarse a sí mismo, a su ideal, ha preferido modelar formas neoclásicas.

Sin embargo, el barroco ha seguido latiendo. Ya Luciano Anceschi pensaba en 1945 que el barroco y el clasicismo han existido desde siempre, como formas diferentes ¿complementarias? de contemplar el mundo (y no hay mayor problema para rea-

lizar una extensión a Oriente, al Islam, etcétera). El descubrimiento consistía en que dicha visión ha venido siendo reprimida por esa penúltima configuración de lo clásico que es lo racionalista.

Así pues, retomar en este momento lo barroco no implica un mero ejercicio estético ni una pirueta de aburrida nostalgia intelectual, sino recapacitar sobre una herramienta de conocimiento de la que se nos mantenía alienados. Lo cual abre perspectivas políticas, ideológicas...

Según Portoghesi, los grandes temas del barroco (ya eterno) serían: el infinito, el ilusionismo óptico, forma luz, forma color, la fruición... y para D'Ors sólo se puede aprehender si consideramos lo siguiente: "Si el precursor de lo Clásico se llama Antigüedad, el de lo Barroco se llama Prehistoria. El racionalismo, el estatismo, el círculo, el triángulo, el contrapunto, la columna, los procedimientos del espíritu que imitan al espíritu, todo eso pertenece ya, es cierto, a la civilización de Grecia y de Roma; pero el panteísmo, el dinamismo, la elipse, la fuga, el árbol, el espíritu a escuela de la naturaleza, encuéntrase integralmente en el mundo primitivo."

D'Ors parece cantar una glosa de la cultura celta, pero es cierto lo que indica y así, la oposición entre el principio clásico y el barroco resultó en un provisional y nunca excluyente pero sí muy sonoro triunfo del primero cuando el pensamiento simbólico de las cortes borgoñona o francesa se vino al traste a finales del siglo XV.

Cabría entonces argumentar, con un punto de demagogia, que con el barroco estamos reivindicando al mismo tiempo la ecología y el anarquismo, para llegar a la conclusión de que "Lo barroco es Verde". Algo que está ni mal ni bien, pero se autodelata en su simplificación.

La pregunta ahora es si puede considerarse el barroco, como una ¿otra? fuente de alternativa. En realidad permanece como un territorio bastante virginal, pues las visiones académicas todavía dominantes no logran escapar del formalismo ni, por tanto, tender un puente con la contemporaneidad, como tampoco trazar un continuum con la antigüedad. Razón por la cual se permite un amplio terreno de actualización, que es lo que están realizando una multiplicidad, aún minoritaria, de artistas a lo largo y ancho de nuestra civilización.

De esto trata también la exposición presente, que se fija sus propios objetivos o, mejor aún, sus propias sendas en esta jungla ideológica que, como la mesoamericana en lo físico, ha logrado ocultar no sólo un período de tiempo artístico más o menos preciso, sino el pensamiento que le daba vida y razón de ser. Partiendo de nuestra tierra, en esta donde lo barroco permanece como nuestro imaginario más mítico, generado durante nuestro momento de mayor gloria política (que no social, si esta existió alguna vez) debiéramos poder ahondar en las miles de nuevas puertas que se abren una vez traspasado el umbral de la primera.

Es este un viaje hacia el esclarecimiento que aún no puede ser esclarecido, un viaje al que sumarse con la propia ceguera, dispuestos a resistir los desgarros entre la intuición y la lógica, entre lo real y lo imaginado, entre la pausa y el movimiento. Un viaje que ofrece posibilidades de incidencia internacional, de restablecimiento de "lo español" como parte esencial de un nuevo orden artístico basado en este barroco, de ofrecer una alternativa que el norte pueda entender pero apenas generar... Un viaje en el que debieran olvidarse estas últimas y sencillas pasiones para caer entre otras: unas más duras y potentes capaces de reenviar el espíritu entre ellas como en un juego eléctrico donde las pasiones acaban difuminándose para generar la pasión y la tensión sin nombre. Lo que algunos llamaron Luz. Y otros Oscuridad.

José Manuel Costa

